

MONSEÑOR HUBERT JEDIN IN MEMORIAM

JOSE GOÑI GAZTAMBIDE

El 16 de julio de 1980 falleció en Bonn monseñor Hubert Jedin, considerado en todo el mundo como el historiador católico más importante de la actualidad¹. Su vida fue la de un sacerdote ejemplar, consagrado exclusivamente a la investigación del pasado de la Iglesia católica.

Había nacido el 17 de junio de 1900, en Grossbriesen, cerca de Neise (Silesia, Alemania) en el seno de una familia católica. Llamábanse sus padres Juan Jedin, maestro, y Emma Ziegler. Cursó sus estudios, primero, en Neise y, después (1918-1923), en las universidades de Breslau, München y Friburgo de Brisgovia, doctorándose en Teología. Entre sus maestros destacan F. X. Seppelt, Martin Grabmann y Heinrich Finke. Se ordenó de sacerdote en Breslau el 2 de marzo de 1924. Apenas superado el examen de doctorado, su obispo el cardenal Bertram lo envió a Roma (fines de 1925), donde permaneció cuatro años trabajando en los archivos y bibliotecas (desde 1927 a expensas de la Görresgesellschaft). En marzo de 1930 regresó a su diócesis y pronto consiguió la libre docencia en historia eclesiástica en la facultad de Teología católica de la universidad de Breslau. Durante tres años repartió el tiempo entre la cátedra (Privatdozent o encargado de curso), la composición de trabajos científicos y el ministerio parroquial.

1. M. CH. ZAUZICH, *Zum Tod von Hubert Jedin, der Konzils-Historiker*, en: «Frankfurter Allgemeine Zeitung», 18 julio 1980, p. 23. Para la redacción de la presente nota nos hemos servido, además, de H. Jedin, *Come e perché ho scritto una Storia del Concilio di Trento*, en: «Humanitas» 31 (1976) 90-105; G. ALBERIGO, *Fede nella Chiesa e fede nella storia, saggio introduttivo*, en: Hubert Jedin, *Chiesa della fede, Chiesa della Storia*, Brescia 1972, p. VII-XV; E.-A. DE MAEIJER, *Who's who in Europa. Dictionnaire biographique des personnalités européennes contemporaines*, 3.ª ed., Bruxelles 1972, 1.555; G. DE LUCA, *L'opera storica dello Jedin*, en: «L'Osservatore Romano», 11 marzo 1944, artículo reproducido en: «Rivista di Storia della Chiesa in Italia» 34 (1980) 3-6; y prólogo de Jedin al vol. IV de su *Geschichte des Konzils von Trient*, Freiburg im Br., 1975.

La subida al poder de Hitler truncó bruscamente su carrera académica y echó por tierra todos sus planes de investigación. El ministro de Instrucción Pública de Prusia le privó de la *venia docendi* por el mero hecho de que su piadosa madre era una conversa de ascendencia judía. Pero una vez más se verificó aquello de que Dios escribe derecho con renglones torcidos. «Sin aquella catástrofe que entonces me hirió —confesaré más tarde—, jamás habría tomado la decisión de escribir la Historia del concilio de Trento». Volvió a Italia y por espacio de tres años se ocupó en preparar la edición del volumen XIII/1 de la monumental colección *Concilium Tridentinum*, familiarizándose cada vez más con las fuentes de aquella histórica asamblea.

En 1936 su obispo lo llamó a Breslau como archivero diocesano y repetidor de Historia eclesiástica del convictorio teológico. Tres años después estuvo a punto de ser eliminado por la Gestapo (la policía secreta de Hitler) y, cuando se disponía a partir para Roma, estalló la segunda guerra mundial. De nuevo parecía que todos sus proyectos se derrumbaban. No obstante se salvó casi por milagro de ser detenido por la policía hitleriana y obtuvo permiso para trasladarse a Italia, sin que sus maletas, repletas de manuscritos sobre el Concilio Tridentino, fueran registradas en la aduana en un momento en que el Führer había sufrido un atentado. En cambio su biblioteca particular fue destruida durante la guerra, así como el original del volumen XIII/2 del *Concilium Tridentinum*, ya terminado a costa de un largo y paciente esfuerzo.

Nuevamente se refugió en Italia, que se convirtió para él en su segunda patria, fijando su residencia en Roma por espacio de diez años, desde donde emprendió diversos viajes de investigación a varias ciudades italianas y extranjeras, a pesar de su precaria situación económica. Así en 1948 trabajó en las principales bibliotecas y archivos españoles.

Al año siguiente se le brindó la cátedra de Historia eclesiástica medieval y moderna de la facultad de Teología católica de la universidad de Bonn, que regentó por espacio de dieciséis años (1949-1965). La celebración del concilio Vaticano II le obligó a desplazarse otra vez a Roma (1961-1965), primero como miembro de la comisión preparatoria para los estudios y las escuelas y, desde la apertura de la asamblea, en calidad de experto conciliar del episcopado alemán, colaborando estrechamente con el cardenal Frings, de Colonia. El curso de 1965-1966 lo pasó en los Estados Unidos por invitación de la Universidad de Wisconsin en Madison. Libre del peso de las clases, pudo dedicarse más intensamente a la investigación histórica, pero el 30 de noviembre de 1973 su salud experimentó un colapso total, de suerte que durante mucho tiempo los médicos desesperaron de su curación. Sin embargo, se recuperó lentamente y a los seis meses pudo reanudar su actividad literaria, sólo interrumpida por su muerte.

En este breve esquema de su vida, resaltan nítidamente dos influen-

cias culturales que marcaron su personalidad: una germánica y otra romana. Esta última le dio una visión europea de los grandes problemas del siglo XVI y no ya puramente tudesca². Jedin no creó una escuela historiográfica nueva. Se insertó en la tradición cultural existente y, provisto de una sólida preparación histórico-crítica, trató de enriquecerla y orientarla por nuevos derroteros. Ya en 1931 se trazó unas metas, a las que permaneció fiel a lo largo de su dilatada carrera científica. Su producción literaria causa asombro por su cantidad y calidad. Su bibliógrafo Robert Samulski reunió 662 títulos, que llegan hasta principios de 1976³. Después de esta fecha salieron de su pluma más de una docena de trabajos. Si prescindimos de las ediciones de un mismo estudio, de las traducciones de sus escritos a lenguas extranjeras, de las recensiones suyas de obras ajenas, de los artículos de periódico, de las crónicas y de los artículos de enciclopedia (sólo estos últimos pasan de 130), quedan en su haber cerca de trescientos trabajos de investigación, algunos de ellos muy extensos.

Desde el primer momento el Concilio Tridentino atrajo el interés preferente del joven historiador. Es significativo que inaugurase su carrera científica con un trabajo titulado *Das Konzil von Trient*, Paderborn 1926, 47 páginas, colección de textos tridentinos destinados a la enseñanza religiosa en las clases superiores de los liceos o institutos de segunda enseñanza, con algunas indicaciones sobre su génesis. Siguiéron otros estudios, relacionados con aquella asamblea, sobre Cócleo, Lutero, el agustinismo y otros protagonistas de la Reforma católica, de la Reforma protestante y de la Contrarreforma. Estos serán los temas favoritos de su labor investigadora. Así se incorporaba al movimiento historiográfico alemán, que desde hacía varios decenios trataba de esclarecer los grandes problemas que agitaron a la Iglesia en el siglo XVI. Basta recordar los nombres de Döllinger, Janssen, Denifle y Grisar, y de iniciativas como el *Corpus catholicorum* y el *Concilium Tridentinum*. Jedin llegó a ser el máximo exponente de este movimiento científico.

Gracias a su denodado esfuerzo, está para terminarse la colosal empresa de la edición crítica de los diarios, actas, epístolas y tratados relativos al concilio de Trento. Mientras ultimaba el volumen XIII/1 de dicha colección, publicó en dos tomos la biografía de Girolamo Seripando (1937), figura estelar del concilio Tridentino, obra modelo en su género, que al mismo tiempo iluminaba no pocos aspectos del desarrollo del concilio e inauguraba el estudio serio de la Teología italiana y particularmente la de un agustino. En ella consagraba cerca de

2. ALBERIGO, p. X; DE LUCA, 4.

3. R. SAMULSKI, *Bibliographie Hubert Jedin (1926-1965)*, en: *Reformata reformanda*, II, 665-704; IDEM, *Bibliographie Hubert Jedin 1965-1975*, en: *AHC* 8 (1976), 612-637.

300 páginas a la actuación conciliar de dicho teólogo. Sin embargo, a pesar de que en estos años centraba cada vez más su atención en Trento, todavía no había tomado la decisión de escribir la historia del concilio.

El primer impulso le vino de Heinrich Finke, presidente de la Sociedad Görres, el cual a fines de mayo de 1938 le dijo: «¿No tiene el deseo de escribir una historia del Concilio de Trento? Si es así, no siga mi ejemplo. Yo durante medio siglo he recogido fuentes para la historia del concilio de Constanza, pero ahora soy demasiado viejo para atreverme a escribir una historia de aquel concilio. Usted se ha ocupado ya mucho de las fuentes de la historia del Concilio de Trento. En caso de que quiera escribir su historia, comience pronto». La exhortación de Finke quizá habría caído en el vacío, si aquel mismo año el régimen nazi no hubiera puesto en serio peligro su vida. Cuando un año después pudo salir de Alemania, el cardenal Mercati le invitó a establecerse en Roma. Se acercaba el cuarto centenario de la apertura del Concilio de Trento y el cardenal le dijo que «una historia del Concilio Tridentino sería el mejor modo de celebrar un acontecimiento de tan largo alcance». Enseguida de su traslado a Roma puso manos a la obra, pero su elaboración y publicación se fue alargando a causa de las repercusiones de la segunda guerra mundial en Roma (1943-1944), su traslado a Bonn, la dirección del *Corpus Catholicorum*, su asistencia al Vaticano II y su grave enfermedad.

El volumen I, sin duda el más original, aparecido en 1949 simultáneamente en italiano y alemán, causó un fuerte impacto en el mundo científico. En él, a base de una amplísima documentación, describe brillantemente las condiciones religiosas y eclesíásticas de la Europa preluterana y trata de responder a esta inquietante pregunta: «¿Por qué el Concilio se reunió tan tarde?». Jamás se había presentado un panorama tan rico y exacto de la prehistoria del Concilio. En medio del coro de alabanzas con que fue acogido, se produjeron dos notas discordantes. J. Kühn, representante de la escuela sociológica, creyó que Jedin no daba el debido peso al factor social⁴. Nuestro historiador optó por callarse, ya que la objeción le pareció desprovista de fundamento. La prehistoria del Concilio estuvo condicionada por la alta política y por las ideas internas de la Iglesia; los factores sociales, a su juicio, no desempeñaron papel alguno. Más tarde, durante el Concilio mismo, la situación se modificó. Por eso Jedin tuvo también la debida cuenta de este factor.

José Lortz, más atento por temperamento a la historia de las ideas que a la de los hechos, se lamentó de la falta de una mayor sensibilidad para la dimensión doctrinal del Concilio. El planteamiento de

4. J. KÜHN, en: «Historische Zeitschrift» 174 (1952), 587-595.

Jedin le parecía demasiado histórico-positivo. A su juicio, había dado un excesivo relieve a las visitudes externas del Concilio y sobre todo a las político-eclesíásticas. Pero, pese a ésta y a otras reservas de poca monta, quizá ningún crítico haya tributado mayores elogios al primer tomo de la *Historia del Concilio de Trento*. Comienza diciendo que «el libro es una obra maestra y en puntos decisivos es definitivo... Fuentes y literatura se han reunido y elaborado críticamente en una cantidad imponente. Ellas han sido expuestas con un completo dominio, de suerte que sólo un mínimo del esfuerzo realizado se trasluce en el texto». Añade que, desde el punto de vista del método y del material, la obra supera con mucho a las grandes producciones de Pastor y Janssen. Esta crítica, considerada por Jedin como la más estimulante, dio lugar a una interesante discusión, en la que se ventiló la naturaleza de la historia de la Iglesia. En opinión de Jedin, se trataba de dos modos perfectamente legítimos de escribir la historia⁵.

El tomo I, que ha tenido tres ediciones en alemán, se detiene en la apertura del Concilio (13 diciembre 1545). Los otros tres, aparecidos en 1957, 1970 y 1975, exponen magistralmente el desarrollo completo de la asamblea, desde la inauguración hasta la clausura (4 diciembre 1563). Los principales historiadores del Concilio de Trento, que le habían precedido, habían adoptado una postura de ataque (Sarpi) o de apología (Pallavicini). Jedin se coloca en el terreno de la más estricta neutralidad, por encima de toda polémica. Sarpi se había distinguido por su talento y Pallavicini por la riqueza de la información. Jedin reunió ambas cualidades en grado eminente. Mediante un análisis riguroso de las fuentes, se esforzó por redescubrir el Concilio tal como fue y contar las cosas como pasaron, superando las barreras de la controversia⁶.

La aparición de su *Historia del Concilio de Trento* fue celebrada como un acontecimiento de extraordinario valor científico, como una de las cumbres de la historiografía⁷. Ningún concilio ecuménico dispone hasta ahora de una obra similar. Es una pena que el autor no realizase del todo su plan primitivo. Dejó de redactar el libro octavo, en el que pensaba describir el influjo de los decretos tridentinos en la vida de la Iglesia. Pero, bien mirado, este «pecado de omisión» no es tan

5. J. LORTZ, *Um das Konzil von Trient*, en: «Theologische Revue» 47 (1951), 157-170; H. JEDIN, *Considerazioni sul compito dello storico della Chiesa*, en: Chiesa della fede, Chiesa della Storia, 18-33; J. LORTZ, *Nochmals: Zur Aufgabe des Kirchengeschichtsschreibers*, en: «Trierer Theol. Zeitschrift» 61 (1952), 317-327; G. ALBERIGO, *Reflexiones sobre el Concilio de Trento con ocasión del Centenario*, en: «Concilium, Revista internacional de Teología», 1965/7, p. 87-88.

6. ALBERIGO, *Ibid.*, 78-83.

7. D. GUTIÉRREZ, *La obra maestra de Hubert Jedin*, en: «Augustinianum» 16 (1976), 585-591; R. BÄUMER, *Hubert Jedin, der Geschichtsschreiber des Konzils von Trient*, en: AHC 7 (1975), 1-16.

grave como podría parecer a primera vista, puesto que Mons. Jedin ya había tocado el tema en otros trabajos suyos, si bien no con la amplitud de horizontes que divisaba al fin de su vida.

A la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra le cabe la satisfacción de haber puesto al alcance del público de habla castellana los tres primeros tomos (EUNSA 1972-1975) y espera poder ofrecer pronto el cuarto y último. La obra se tradujo también al italiano e incompletamente al inglés (t. I y II) y al francés (t. I).

Ella vino precedida, acompañada y seguida de una constelación de trabajos, que desarrollaban numerosos puntos concretos. Algunas de estas monografías conocieron un notable éxito y provocaron nuevas investigaciones. Su *Breve historia de los concilios* (1959), traducida a siete lenguas, se difundió en más de 100.000 ejemplares y las ediciones continúan multiplicándose. En 1978 se publicaron la octava edición alemana y la quinta italiana. Es su obra más leída. Al segundo tipo pertenecen dos cortos ensayos: *El tipo ideal de obispo según la Reforma católica* (1942) y *¿Reforma Católica o Contrarreforma?* (1946). El primero, traducido al italiano y adaptado al francés, tuvo la virtud de suscitar imitadores que extendieron la exploración a otros personajes españoles, franceses, italianos, portugueses y holandeses. Jedin redactó más tarde un boletín para informar de esta producción literaria y puntualizar algunos extremos (1960).

Pero, por muy importantes que sean todas las aportaciones parciales de Jedin, hay otra gran empresa de una influencia incomparablemente mayor, ligada a su nombre y nacida de su constante preocupación de actuar, no sólo en la enseñanza universitaria, sino también fuera del ámbito académico: se trata de un *Manual de historia de la Iglesia*, de proporciones inusitadas, compuesto y editado bajo su dirección en nueve volúmenes (1962-1979). El mismo, en el prólogo del tomo I, nos explica el origen y características de la nueva obra. El 26 de mayo de 1956, Jedin, Theodor Klauser y Oskar Köhler, de la editorial Herder, de Friburgo de Brisgovia, llegaron a la conclusión de que había que poner fin al aislamiento que habían sufrido los estudios de historia de la Iglesia en Alemania por culpa del régimen nacional-socialista. Había llegado el momento de componer un extenso manual de historia de la Iglesia en lengua alemana. No bastaba una nueva edición o refundición del clásico *Manual de historia general de la Iglesia*, de Hergenröhter. Se imponía la elaboración de una obra completamente nueva que recogiera los últimos resultados de la investigación y respondiera a las necesidades de nuestro tiempo. La obra aspiraría a poner en manos del profesor universitario un instrumento de trabajo y a ser un guía seguro para los eclesiásticos y laicos que se interesan por la historia de la Iglesia. Uno de sus rasgos característicos consistiría en el relieve que adquirirían las manifestaciones de la vida interna

de la Iglesia, el desenvolvimiento de la doctrina y de la predicación, del culto y de la piedad. La obra fue creciendo a medida que se iba elaborando. Primero se previeron cinco tomos, después seis y por fin siete con un total de nueve volúmenes. A última hora pareció necesario consagrar mayor espacio a la exposición de los siglos XIX y XX. De ahí que, lo que se pensó que sería un tomo, se dividiera en dos, con lo cual fue posible escudriñar las raíces de nuestra actualidad eclesial en el transcurso del siglo pasado. El tomo IX sigue la evolución hasta el concilio Vaticano II, si bien no es posible todavía formular juicios definitivos. Cuando falleció el director, la obra estaba terminada. El había coordinado y orientado el trabajo de cuarenta y ocho especialistas, en su mayoría alemanes, en el sentido expuesto por el propio Jedin en una sustanciosa introducción que encabeza el tomo I. El Manual se está traduciendo al castellano, inglés e italiano. La edición castellana corre a cargo de la casa Herder, de Barcelona; hasta el momento presente han salido los siete primeros volúmenes (1966-1980), que cubren el espacio que va desde la fundación de la Iglesia hasta el pontificado de Pío IX inclusive. Como complemento, Mons. Jedin publicó, en colaboración con otros especialistas, un gran Atlas de historia eclesiástica, utilísimo para la enseñanza⁸.

Una de las causas del éxito de los escritos de nuestro protagonista radica sin duda en la seriedad y profundidad con que aborda los temas, unidas a la claridad de la exposición. Su estilo es transparente e incisivo; su lenguaje, sencillo y asequible no sólo a los teólogos y a los historiadores, sino también a las personas de cultura media. No olvidó la advertencia de Huizinga: «Es privilegio y grave deber de la historia el hacerse entender de todas las personas cultas»⁹. Por otra parte, junto a una enorme capacidad de síntesis, dominaba el arte del retrato. En rápidas pinceladas sabía pintar el perfil de papas, legados pontificios, príncipes, cardenales, obispos y teólogos. Al decir de Lortz, los conocía tan bien, como si hubiera vivido con ellos.

Como profesor, el Dr. Jedin poseía eminentes cualidades didácticas y enseñaba con pasión. Sus explicaciones de clase nunca resultaban aburridas, porque solía establecer paralelos entre el pasado y el presente por medio de ejemplos concretos. En medio de una actitud fundamentalmente tradicional, se mostraba valiente en la crítica. El sentía un profundo amor a la Iglesia católica, pese a los defectos del elemento humano de la misma, que él conocía mejor que nadie. Para él, la historia de la Iglesia era a la vez historia y teología¹⁰.

8. H. JEDIN, *Atlas zur Kirchengeschichte. Die Christlichen Kirchen in Geschichte und Gegenwart*, Freiburg 1970.

9. J. HUIZINGA, *Im Banne der Geschichte*, Basilea 1943, 2.ª ed., 73.

10. H. JEDIN, *La storia della Chiesa è teologia e historia*, Milán 1968, 28 p., reproducido en: Chiesa della fede, 51-65.

La Iglesia y la ciencia le honraron con numerosas distinciones. Era miembro de siete academias y de cuatro sociedades científicas, y doctor *honoris causa* de cinco universidades. El cabildo metropolitano de Trento lo acogió en su seno en calidad de canónigo honorario y el ayuntamiento de la misma población lo nombró ciudadano de honor, distinción que estimó en mucho, porque le hacía conciudadano de Alcide de Gasperi. La República Federal alemana le concedió la Gran Cruz del mérito y, al cumplir los 80 años de edad, recibió del papa Juan Pablo II el título de protonotario apostólico.

Sus discípulos, colegas, amigos y admiradores le tributaron dos homenajes científicos. Uno en el sesenta y cinco aniversario de su nacimiento y otro diez años más tarde. En el primero, titulado *Reformata reformanda*, dirigido por Erwin Iserloh y Konrad Reppen, colaboraron cincuenta y cuatro investigadores de todo el mundo, entre ellos cuatro españoles. Sus aportaciones formaron dos gruesos volúmenes (Münster 1965). En el segundo, bajo la dirección de Walter Brandmüller y Remigius Bäumer, tomaron parte sesenta y cuatro (incluidos los autores de recensiones de libros). Los artículos y las recensiones llenaron dos números extraordinarios del «*Annuario Historiae Conciliorum*», revista internacional especializada en la historia de los concilios (1975-1976). Esta vez de los sesenta y cuatro nombres, sólo dos eran españoles.

Gran parte de los colaboradores de uno y otro homenaje han seguido las nuevas rutas abiertas a la investigación por el genio histórico de Mons. Hubert Jedin.

Mirada en conjunto, su labor historiográfica es de un valor excepcional. Alberigo está en lo cierto cuando afirma que a él se debe el que nuestro conocimiento de la historia religiosa del siglo XVI aparezca hoy completamente diverso del que tenía ante sí Jedin cuando comenzó su actividad literaria¹¹.

11. ALBERIGO, trabajo cit. en la nota 1, p. VIII.